

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Juan Carlos Ribadeneira

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US \$ 18

ECUADOR: S/. 5.200

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US \$ 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 1.800

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito, Ecuador
Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.
Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.



ECUADOR DEBATE

Quito, Ecuador, abril de 1992

EDITORIAL 3-5

COYUNTURA

Felipe Burbano

LO QUE NOS MUESTRA LA CAMPAÑA ELECTORAL/7-11

TEMA CENTRAL

PRIVATIZACIONES/13

Alberto Acosta

RIESGOS Y ALCANCES DE UNA NOVELERIA/15-34

Gonzalo Maldonado

ESTADO Y EMPRESAS ESTATALES: EL FENOMENO DEL PASAJERO

CLANDESTINO/35-50

Jorge Gallardo

LAS PRIVATIZACIONES DE LAS EMPRESAS PUBLICAS/51-56

Francisco Rosales Ramos

PRIVATIZACIONES/57-62

Wolfgang Schmidt

PRIVATIZACION O DESCENTRALIZACION SOCIAL/63-69

Maritza Valderrama

LA EDUCACION Y LA PRIVATIZACION/71-78

LIBROS 79-81

ANALISIS

Agustín Cueva

AMERICA LATINA: EL NEOLIBERALISMO SIN ROSTRO HUMANO/83-89

Daniel Gutierrez Cueva

EL MONOLOGO DEL DESARROLLO ACERCA DE LA POBREZA/91-107

DEBATE AGRARIO

Jaime Borja Torres

LA EMPRESA LECHERA DE LA SIERRA NORTE/109-131

CRITICA BIBLIOGRAFICA

José Sanchez Parga

UN DEBATE POR DEBATIR: LA MODERNIDAD/133-138

AMERICA LATINA: EL NEOLIBERALISMO SIN ROSTRO HUMANO

Agustín Cueva

La economía de mercado es sin duda la vencedora, y además de ser la ley que rige nuestras vidas, es nuestro mayor fetiche.

EL CONTINENTE SUMERGIDO

Las noticias sobre América Latina hacen rato que dejaron de ser alentadoras. En el reciente informe del Banco Mundial, por ejemplo, se señala que el ingreso per cápita de la región cayó en un 2.6% en 1990, con lo cual el empobrecimiento por habitante llega a ser de por lo menos un 10% en el último decenio. Si uno toma en consideración que el conjunto del Tercer Mundo dicho ingreso aumentó aunque sea un magro 0.2% en igual lapso, se comprende las declaraciones del sena-

dor Brasileño Fernando Henrique Cardoso, en el sentido de que "nuestro problema actual consiste en trabajar para no caer en el Cuarto Mundo y formar parte de esa lista de países que ni siquiera sirven para ser explotados" (Veja, 4-XI-91).

El mismo medio informativo en que leemos el resumen del citado informe trae la noticia de que en el primer semestre de 1991, 271 niños de la calle fueron asesinados por escuadrones de la muerte en Río de Janeiro (La Jornada, 23-XI-91).

Lo propio ha venido ocurriendo en Manizales, Medellín y Bogotá. Entre las flamantes "novedades" merece recordarse también la desaparición periódica de niños en algunas casas cunas de República Dominicana, hecho que por supuesto no constituye una excepción en Latinoamérica. En los casos brasileño y Colombiano se trata de exterminar a los "pivetes" y "gamines" que el propio sistema genera; en lo de Santo Domingo, de negocios más sofisticados de los que luego hablaremos.

Los pobres son cada vez más numerosos en nuestra región, tanto en términos absolutos como relativos. Superan el 40% de la población total y su pauperismo es más agudo no sólo por el señalado declive del ingreso global que ha venido operándose en los últimos diez años, si es que no desde más atrás. La desocupación y la llamada población "informal" han aumentado y los servicios sociales, de suyo precarios, pero que algún auxilio prestaban a los menesterosos en los hoy vilipendiados tiempos del "populismo", se han reducido a su mínima expresión. Incluso las aspiraciones han sido reprimidas. Autores como Hernando de Soto y su cohorte han llegado a hacer verdadera mofa de la población marginal al presentarla como "semillero" y "paradigma" del "espíritu empresarial" latinoamericano, a la vez que la nueva derecha en general no sólo ha impuesto su modelo devastador en casi toda la región, sino que se ha empeñado en borrar (no sin cierto éxito) aún la esperanza de un Estado de bienestar. Hasta la socialdemocracia ha llegado

a estas tierras de infieles cercenada de su dimensión social. Como acaba de apuntar el conocido teólogo brasileño Joseph Comblin, pensando seguramente en el ejemplo de su país: "La situación llega a tal grado que pareciera que los regímenes militares de hace unos años eran más sensibles al dolor, a los reclamos y a las manifestaciones populares, que los gobiernos actuales que se dicen democráticos" (La Jornada, 27-XI-91).

La economía de mercado sin duda la vencedora, además de ser la ley que rige nuestras vidas, es nuestro mayor fetiche. Las señales que a diario nos envía no son, empero, las más auspiciosas. Vivimos, literal y no metafóricamente, en los tiempos del cólera. Los efectos de la libre competencia, de este capitalismo "salvaje", como bien se lo ha llamado, deterioran cada vez más el medio ambiente, depredan y degradan la calidad de la vida. El tráfico de drogas, que ciertamente es uno de nuestros mayores flagelos, no es desde luego un aporte criollo a la "civilización occidental". Una punta de la cadena se afianza en la miseria campesina y popular local, que el propio reordenamiento neoliberal se ha encargado de multiplicar, mientras la otra punta, la verdaderamente significativa y de alta rentabilidad, se encuentra en las metrópolis mismas. Los grandes capos nativos amasan por su lado pingües fortunas, y antes que por razones de salud o moralidad pública, los países imperiales persiguen el delito en nuestras tierras más que en las suyas, por la llana razón de que es el único rubro de las exportaciones

latinoamericanas que aún goza de términos de intercambios ventajosos.

Algo semejante podría afirmarse con respecto a un fenómeno que señaláramos líneas atrás: el tráfico de niños. En su variante más "inocente" se roban infantes para venderlos a parejas sin hijos de los países desarrollados; en su modalidad más perversa se los destina a "niños-refacciones", es decir, a ser depostados y vendidos como órganos de repuesto para complejas operaciones quirúrgicas. Vagabundos y mendigos adultos han corrido igual suerte, en Venezuela y Colombia por lo menos. Lo más infamante del negocio es que este ramo de nuestras "exportaciones" mal podría funcionar sin el concurso de una transnacional de la medicina digna de mejores fines. Pero el mercado es implacable y sus sumos sacerdotes más todavía.

La pobreza, bajo ciertas condiciones, hasta puede llegar a tener un halo de dignidad. En la Cuba de hoy lo tiene. Pero bajo la modalidad de capitalismo que nos impone el neoliberalismo victorioso, la degradación económica tiende inevitablemente a convertirse en sordidez moral. Las urbes de América Latina, incluso las de mediano tamaño, se "lumpenizan" más cada día; el común de los ciudadanos se resigna a vivir tras las rejas, como si el hampa fuera él (no hay sino que recordar las "protecciones" de los apartamentos de Caracas, San Juan de Puerto Rico o el otrora beatífico Quito); al tiempo que la

corrupción pulula en inmensos espacios del cuerpo social, invadiendo como es evidente las más altas esferas.

El barco hace aguas por todos los costados, pero la travesía sigue, sin que ningún Cabo de la Buena Esperanza esté a la vista.

TIEMPOS DE ESCARNIO

La década de los ochenta no fue sólo un decenio perdido para el desarrollo económico y social de la región, sino que también marcó la hora de la humillación. En el pasado se habían registrado, claro es, actos frecuentes de obsecuencia de muchos de nuestros mandatarios hacia la potencia hegemónica (la idea de un decoro nacional era más bien excepción que regla), pero como que se actuaba con mayor sigilo, casi a hurtadillas. El "desmentido" subsiguiente no enmendaba la entrega, pero mostraba que cierto pudor aún existía. Al presidente de El Salvador, Luis Napoleón Duarte, cupo el dudoso honor de romper con este tipo de inhibiciones, cuando al tocar tierra estadounidense en visita oficial se inclinó para besar la bandera de sus protectores, en tierno gesto que ningún protocolo exigía. Los medios audiovisuales de comunicación permitieron que la escena conmoviera al mundo entero, en circunstancias en que esos paquetes de lágrimas que son nuestras telenovelas invadían los mercados internacionales de la cursilería. Pasando de la comunión al verbo, otro mandatario centroamericano, José Azcona Hoyo, declaraba poco después que "los países

pobres y pequeños no pueden permitirse el lujo de tener dignidad". La peor caricatura de las llamadas banana republics acababa de ser superada.

Y no eran sólo las repúblicas "plata-neras". Cuando Estados Unidos había tendido ya el cerco político y económico a Panamá, el presidente venezolano Carlos Andrés Pérez creyó oportuno lanzar la tesis de que toda soberanía es relativa, con el fin de congraciarse con el gobierno de Washington en momentos en que necesitaba alejar los ojos de la opinión mundial de una Venezuela lacerada por la masacre cometida por su administración socialdemócrata con motivo del levantamiento de Caracas, en febrero de 1989. El "Tiananmen" sudamericano fue así sobreesido, a cambio de la complicidad de C.A. Pérez con los agresores de Panamá.

Poco tiempo después de asumir la presidencia de Bolivia (en el mismo año de 1989), Jaime Paz Zamora declaró, por su lado, que acababa de entregar un ex-general narcotraficante a Estados Unidos porque no confiaba en la justicia de su propio país. Los magnates de apellido Patiño, que despreciaban a la nación boliviana y no tomaban en serio sus instituciones, por lo menos tenían el decoro de no aceptar ser mandatarios de lo que consideraban una "república de opereta". Mucho de soberbia pero también algo de congruencia había en aquel gesto.

Pasado menos de un mes de la invasión de Panamá, Elliott Abrams escribió un

artículo que *Excelsior* de México (11-I-90) reprodujo con el título de "Sólo retórica los gritos de América Latina en defensa de la no intervención", en el que entre otras cosas asevera lo siguiente:

"La mejor prueba del mito de las "costosas" acciones estadounidenses en América Latina, pudiera ser la guerra de las Malvinas. Cuando Estados Unidos respaldó a Gran Bretaña contra Argentina, los 'expertos en América Latina' se escandalizaron. Se quejaron de que Estados Unidos había destruido su posición no sólo en Argentina, sino en toda América Latina, situación que, dijeron, duraría milenios. En realidad, las relaciones de Estados Unidos con Argentina son mejores actualmente de lo que fueron por décadas. De manera similar, la intervención estadounidense en la República Dominicana, en 1965, y en Granada, en 1983, no produjo ningún daño a los intereses estadounidenses en América Latina"

Las bofetadas son duras pero no innecesarias, y las predicciones de Abrams se han cumplido con creces. Ahí continúa, muy campante Guillermo Endara y las tropas de ocupación que le ayudan a construir la "democracia", mientras que el servilismo del gobierno "peronista" argentino respecto del de Estados Unidos supera todo lo previsible, y no por sus ribetes de ópera bufa (desde la "participación" en la guerra del Golfo Pérsico hasta el reciente retiro del Movimiento de los No Alineados) deja de ser significativo.

Ribetes que, por lo demás, no deben asombrarnos en los tiempos que corren, cuando del "pan y circo" de que hablaban los romanos sólo va quedando el circo, como lo ilustra el reciente llamado del presidente Collor de Mello a formar un "gobierno de machos" en Brasil (La Jornada, 22-IX-91).

Las ideas de soberanía, de cierto decoro y dignidad nacionales, van convirtiéndose en piezas de arqueología. ¿A cambio de algo "tangible" por lo menos? Hasta ahora pareciera que no. Pese a los sucesivos planes Brady, Baker y la Iniciativa para las Américas (las iniciativas tienen que venir siempre de fuera porque Estados Unidos no consiente "provocaciones" de parte nuestra), la Cepal acaba de informar, por ejemplo, que la deuda externa de América Latina crecerá en 3 por ciento en 1991, alcanzando los 445 mil millones de dólares (La Jornada, 28-IX-91). ¡Bonita "reestructuración" de nuestras obligaciones!.

Por lo demás, recuérdese que no por haber aceptado explícitamente ser la candidata de Bush, la señora Violeta Chamorro ha conseguido nada significativo para su país; ni por haberse posesionado de su "cargo" en una base militar estadounidense Guillermo Endara ha logrado un mínimo de apoyo para la reconstrucción de la destrozada nación ístmica. Y es que, cuando la indignidad se multiplica, la oferta aumenta y los precios bajan, como corresponde a cualquier economía mercantil.

LA HORA DE REACCIONAR

En un vibrante discurso de incorporación al Senado de su país, Darcy Ribeiro dijo, hace poco, que la economía latinoamericana se ha convertido en un verdadero trapiche de moler gente, al tiempo que denunció la decadencia del sistema educativo brasileño tildándolo de "fábrica de producir analfabetos". Terminó su arenga (en el sentido más noble del término), preguntándose dónde están, frente a esta hecatombe, las voces críticas y la protesta, o siquiera de inconformidad, de los intelectuales.

Ribeiro tiene gran parte de razón en su reclamo y no hace falta asumir ningún radicalismo de izquierda para comprobarlo. En las postrimerías de la administración Reagan, el mismo Elliott Abrams se refirió a la "desmarxistización" de los intelectuales latinoamericanos como uno de los importantes triunfos de la Nueva Derecha estadounidense; pero no se trata sólo de eso: es el pensamiento crítico en general el que retrocedió, refugiándose en el escepticismo u ofreciéndose al mejor postor. James Petras ha escrito textos muy duros sobre este viraje, que la mayoría de sus colegas locales prefieren no ver circular.

De todas maneras, las ideas neoconservadoras han avanzado avasalladoramente sobre todo lo anterior, casi sin hallar oposición. Hasta donde sabemos no existe, por ejemplo ningún libro sistemático, ni un solo hecho en Latinoamérica, donde se ajuste seriamente

cuentas con los nuevos amos también ideológicos de la región. Sus ideas sobre lo público y lo privado, sobre el Estado y la sociedad civil y sus respectivos papeles, sobre la América Latina aún "mercantilista" y "patrimonialista" que espera ser salvada por la economía de mercado, o sobre cierto "populismo" prefabricado como chivo expiatorio de la crisis actual; sobre lo que es un intelectual democrático y lo que no lo es; sobre las bondades de la iniciativa privada criolla; pujante a pesar de la secular opresión de que el Estado la ha hecho víctima; todos estos tópicos y muchos otros, sobre la vida y la muerte, la "formalidad" y la "informalidad" o el "flexible nuevo orden mundial equilibrado por Alemania y Japón", no son sólo propuestas o tesis en discusión sino, que, hoy por hoy, forman parte del sentido común del intelectual latinoamericano medio, que va asimilando la razón mercantil a la razón tout court.

El socialismo burocrático de la ex Unión Soviética y su caricatura multiplicada en los países del Este Europeo se han derrumbado sin remedio y toda explicación al respecto suena por el momento a responso. Pero tampoco queda claro que uno deba congratularse bobaliconamente por ello. Quienes celebran alborozados las "revoluciones democráticas y nacionales" triunfantes en aquellas regiones, harían mejor en esperar resultados más sedimentados para pronunciarse. El rebrote de cierto fascismo de masas, acompañado de una gran dosis de xenofobia en la ex República Democrática Alemana, por ejemplo, no se presenta

necesariamente como heraldo de un humanismo supuestamente reencontrado. Además, hay que tener un grado bastante notable de miopía para no distinguir los efectos diferenciados de dichos procesos, que de una parte pueden implicar una real democratización interna, pero que de otra han conducido a una capitulación total y cada vez con menos matices, de la Unión Soviética frente a Estados Unidos. Lo cual rompe sin sombra de duda una forma de equilibrio mundial al abrigo de la cual se desarrollaron prácticamente todos los procesos y progresos del llamado Tercer Mundo, comenzando por la descolonización de Africa y Asia. De todas maneras el Norte neoliberal es el único beneficiario de ello (los que se engañaban con la "alternativa sueca", que por lo demás jamás existió, acaban de llevar su merecido), y el Sur, y nadie más, es el gran perdedor de la contienda.

En medio de esa especie de bacanal neoconservadora que el derrumbe del socialismo soviético ha producido, el papa Juan Pablo II ha puesto una nota de sensatez en su última Encíclica:

"La solución marxista ha fracasado -dice-, pero permanecen en el mundo fenómenos de marginación y explotación, especialmente en el Tercer Mundo, así como fenómenos de alienación humana, especialmente en los países más avanzados; contra tales fenómenos se lanza con firmeza la voz de la Iglesia. Ingentes muchedumbres viven aún en condiciones de gran miseria material y moral. Además

existe el riesgo de que se difunda una ideología radical de tipo capitalista, que rechaza incluso tomar en consideración tales problemas, porque a priori considera condenado al fracaso todo intento de afrontarlos y, de forma fideísta, confía la solución al libre desarrollo de las fuerzas del mercado" (Centesimus Annus, 1991).

El espíritu hoy orgiástico del neoliberalismo triunfante nos ha colocado, además, ante una de las mayores amenazas para América Latina de los últimos tiempos: la escalada de agresiones de Estados Unidos contra Cuba. Por ventura, la isla está menos sola de lo que hace un tiempo teníamos, y hasta pareciera que el acoso de ella ha tenido la virtud de despertar adormecidos reflejos de soberanía en buena parte de las cancillerías latinoameri-

canas. Lo cual es muy positivo, siempre que no se esté manipulando la situación para tratar de dismantelar por medios diplomáticos los logros de la revolución cubana, es decir, sacarle las castañas del fuego a Estados Unidos. Un pedido global inequívoco que esta potencia cese incondicionalmente las hostilidades contra la isla, respete su soberanía y desocupe Guantánamo en concomitancia con el retiro de las tropas soviéticas, es lo menos que podemos exigir de las autoridades de nuestros respectivos países. En todo caso tenemos que permanecer vigilantes y activos pues, como afirmó hace algunos meses el ex presidente Alan García, "ahora tenemos que defender a Cuba porque es uno de los últimos reductos de resistencia que nos van quedando, contra la ola neoliberal y fondo monetarista que quiere homogeneizar el mundo". (La Hora, Quito, 30/VII/91).



CUADERNOS DEL AUSTRO

**Empleo e
ingreso en la
construcción
en Cuenca**

PACIENTE VAZQUEZ - IVAN GONZALEZ



ILDIS